

la fuente purísima de la doctrina romana (1). La fe del pueblo romano, que, según el apóstol San Pablo, era la regla del mundo, había sido violada en muchos puntos (2). La nueva herejía había hecho un gran número de víctimas, aun entre los sacerdotes, aun entre los monjes, y con mucha más razón entre los legos. El mismo Soberano Pontífice, Siricio, cuya sencillez de alma era tan grande como la santidad de sus costumbres, y que juzgaba por su propio candor las intenciones de los demás, pareció por un instante que había sido engañado por la hipocresía de los nuevos fariseos (3).

Habían conseguido también hacer sospechosos á la Santa Sede los Vicentes, los Eusebios, los Paulinianos, y el mismo San Jerónimo, que eran los más celosos defensores de la doctrina católica. Por mucho que ellos habían reclamado y gritado, no se les escuchaba (4). Pues bien, en estas circunstancias tan graves, en presencia de tanta tibieza, de tanta negligencia y de tanta flaqueza de parte de los hombres, se valió Dios de la perspicacia, del celo y del valor de una mujer para conservar intacta la fe de Roma. Sola Marcela fué quien deseando agradar á Dios más bien que á los hombres, hizo á la herejía origenista una resistencia pública, vigorosa y eficaz (5). Ella fué quien, con el testimonio de los que habían caído en el error y lo habían abjurado, y á quienes ella había obligado á declarar ante la Iglesia acerca de la doctrina origenista, convenció á todo el mundo de los errores de esta doctrina (6). Ella fué quien despertó el celo del primer pastor manifestándole la inmensa multitud de almas que el error había extraviado (7). Ella fué quien indicó al mismo Pontífice las impiedades de los libros *De los principios*, tales como el escorpion de Rufino los había alte-

(1) «Romanæ fidei purissimum fontem lutoso ceno permiscuere vestigia.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Sensit fidem, apostolico ore laudatam, in plerisque violari.» (*Ibid.*)

(3) «Ita ut sacerdotes quoque et nonnullos monachorum, maximeque sæculi homines, in asensum sui traheret, et simplicitati illudere Episcopi qui de suo ingenio cæteros estimabat.» (*Ibid.*)

(4) «Tunc nostrorum dissoluta est contradictio.» (*Ibid.*)

(5) «Sancta Marcela publice restitit: malens Deo placere quam hominibus.» (*Ibid.*)

(6) «Adducit testes qui prius ab hæreticis fuerant eruditi, et postea ab hæretico fuerant errore correpti.» (*Ibid.*)

(7) «Ostendit multitudinem deceptorum.» (*Ibid.*)

rado, y los hacía distribuir por todas partes (1). Ella fué quien hizo enviar á Roma repetidas veces para que se justificasen, á los herejes origenistas, que no se atrevían á presentarse, prefiriendo ser condenados en su ausencia á ser reprimidos y confundidos por una mujer (2). Finalmente, si fueron condenados todos ellos, esta condenación fué obra del celo de Marcela (3). ¡Ved aquí, pues, una mujer hecha el martillo de los herejes!

§ XXV. — Santa Paula renovando en Oriente las maravillas que Santa Marcela obraba en Occidente. — Su viaje á Oriente y su visita á los Santos Lugares. — Su penitencia, su caridad, y su celo contra los herejes. — Honores extraordinarios que la Iglesia le tributó durante su vida y despues de su muerte.

No se puede hablar de Santa Marcela sin acordarse de aquella ilustre matrona, su amiga, que formaba al mismo tiempo que ella, y tanto como ella, la admiración del mundo y la gloria de la Iglesia. Hablo de Santa Paula, que tuvo á Roma por patria, á los Escipiones por abuelos, á grandes santos por hijos, al Oriente por teatro de sus obras, á Belén por sepulcro y á San Jerónimo por panegirista.

«Aunque todos mis miembros, decía el santo doctor al principiar el elogio de esta heroína cristiana; aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podría yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la santa y venerable Paula, que siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo (Emilio), prefirió, por amor de Jesucristo, Belén á Roma, y una humilde choza á los dorados palacios.» (*De vita et laudibus Sanctæ Paulæ, ad Eustochium.*)

«Habiendo perdido á su amado esposo á la edad de treinta años,

(1) «Impia *De principiis* ingerit volumina, quæ emendata manu *scorpii* monstrabantur.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Dum acciti, frequentibus litteris, hæretici, ut se defenderent, venire, non sunt ausi, et absentes damnari quam præsentibus coargui maluerunt.» (*Ibid.*)

(3) «Damnationis hæreticorum Marcela principium fuit.» (*Ibid.*)

se dedicó con tanto ardor al servicio de Dios y de la Iglesia, que parecía como que había deseado la tal muerte.» (*Ibid.*)

«Su casa, como todas las grandes casas de Roma, poseía una multitud de esclavos de ambos sexos. Lo primero

» Habiendo sabido el cónsul de Palestina, que conocía á su familia, que ella había llegado á Jerusalem, se apresuró á enviar á su encuentro guardias de honor, y á poner el pretorio á su disposi-

ta Paula (1). Huyendo de la gloria, la merecía más; porque, semejante á la sombra, la gloria sigue siempre á la virtud, que la desprecia; y no se deja alcanzar por la ambicion, que la persigue (2). Así, pues, su piadosa y modesta excursion en el Egipto no fué otra cosa que un triunfo continuado.

San Isidoro, el obispo de aquella diócesis, aquel venerable confesor de Jesucristo, salió á su encuentro con todo su clero. Los eclesiásticos de todas categorías concurrían de los lugares más remotos para venerarla á su paso. Los anacoretas también dejaban sus soledades, y venían de todas partes millares de ellos á tributarle homenajes. San Macario, San Arsenio, San Serapion, en una palabra, todas las columnas de la Iglesia de Jesucristo en aquellas comarcas iban á inclinarse ante ella (3). Ningun padre de la Iglesia, ningun pontífice fué tan venerado mientras vivió como esta mujer cristiana. Esta era una santa rivalidad de humildad y de devoción. Aquellos grandes santos veneraban en Santa Paula todas las virtudes del Evangelio, personificadas en una mujer, y una de las glorias vivientes de la Iglesia; mientras que Santa Paula veneraba en ellos al mismo Jesucristo, cuyos ministros y cuyos confesores eran y al postrarse á los pies de todos, se creía dichosa en tributar en ellos sus humildes y afectuosos homenajes á Jesucristo (4).

Á su vuelta á Jerusalem fundó Paula hospicios para los peregrinos de todas las partes del mundo, que iban á visitar los Santos Lugares; monasterios para hombres, cuya dirección dió á los hombres, y tres conventos de vírgenes, que ella dirigía por sí misma, estableciendo en ellos aquella admirable disciplina, aquella regla, modelo de sabiduría, que San Jerónimo nos ha conservado, y que haría honor al espíritu gubernamental de los más grandes funda-

(1) «Quis, in locis sanctis, præter Paulam, quod plus miraretur, invenit?» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Fugiendo gloriam, gloriam merebatur, quæ quasi umbra virtutem sequitur, et appetitores sui deserens, appetit contemptores.» (*Ibid.*)

(3) «Vidit occurrentem sibi sanctum et venerabilem episcopum Isidorum confesorem, et turbas innumerabiles monachorum: è quibus multos sacerdotalis et leviticus sublimat gradus. Quid narrem Macarios, Arsenios, Serapiones et reliqua columnarum Christi nomina?» (*Ibid.*)

(4) «Quorum pedibus non advoluta est? Per singulos sanctos, Christum se videre credebatur; et quidquid in illos contulerit, in Dominum se contulisse lætabatur.» (*Ibid.*)

dores de las órdenes religiosas. En cuanto á la misma Santa, ella quiso renovar en Jerusalem la vida penitente que Santa Marcela seguía en Roma, y aún las austeridades que habia visto practicar á los anacoretas de Egipto.

Jamas se acostó en blando lecho, aún cuando estuviese enferma. La tierra cubierta de cilicios era su lecho de reposo, que no podia llamarse reposo, supuesto que unía la noche al día por sus continuas oraciones (1).

Excepto los días festivos, ni aún siquiera mezclaba aceite á las hierbas, que formaban todo su alimento. Jamas pudieron convencerla que tomase un poco de vino para fortalecer su estómago, debilitado por el exceso de sus ayunos y de sus trabajos (2); y cuando le hablaban de ello, respondía: «Yo prefiero las enfermedades del estómago á las enfermedades del alma» (3).

Por consejo de San Jerónimo, el santo obispo Paulino, que iba con frecuencia de Antioquia á Belén á visitarla, trató un día de persuadirle que bebiera algunas gotas de vino. Después de un largo coloquio que tuvo con la santa penitente sobre este particular, dijo á San Jerónimo: «Ella, por el contrario, me ha persuadido á mí, que soy un viejo septuagenario, que renuncie absolutamente al vino. Ved aquí todo lo que he conseguido.»

Al oírlo á ella, cuya vida aún en el siglo habia sido sin tacha, y al verla llorar sus más pequeñas faltas, parecía que era una gran pecadora, que debia lavar sus culpas con una penitencia severa (4). Así es que, cuando la exhortaban á que mitigase un poco su rigor, respondía: «No, yo no puedo hacerlo. Yo debo afligir este cuerpo en castigo de lo mucho que lo he cuidado. Yo me he reído mucho en el mundo, y ahora es necesario que lllore. Es necesario que el cilicio reemplace ahora á las vestiduras de seda y á los lienzos delicados, de que he hecho uso en el mundo. Yo he tenido la desgra-

(1) «Molia lectuli strata, etiam in gravissima febre, non habuit. Super durissimam humum, stratis ciliciis quiescebat; si tamen illa quies dicenda est, quæ jugibus fere orationibus, dies noctesque jungēbat.»

(2) «Exceptis diebus festis, vix oleum in cibo capiebat. Debilitatem corporii nimis jejuniis et labore contraxit.»

(3) «Malo stomacho dolere quam mente.»

(4) «Ita sua peccata plangebat, ut illam gravissimorum criminum crederes ream.»

cia de agradar al hombre y al mundo, y ahora sólo debo procurar agradar á Jesucristo» (1).

A pesar de los rigores de su penitencia, temblaba por lo que ella llamaba su flaqueza; era muy severa en alejar de sí toda ocasion capaz de alterar su corazon con respecto al pudor. San Jerónimo nos asegura que desde la muerte de su esposo hasta el fin de su vida Paula no admitió jamas ningun hombre á su mesa, áun cuando fuese un santo, áun cuando estuviere revestido de la dignidad episcopal (2).

El prodigio de su penitencia sólo era inferior al prodigio de su caridad. Despues de la muerte de su esposo distribuyó ella á los pobres casi todas las inmensas riquezas que se hallaban acumuladas en su noble casa (3); y á sus parientes, que la echaban en cara que con sus liberalidades despojaba á sus hijos, les respondia: «Nada temais; yo les dejaré una herencia más rica que pensais: *la misericordia de Jesucristo* (4). En cuanto á mí, pongo á Dios por testigo de que todo cuanto hago, lo hago por su gloria, y que mi único deseo es morir mendigando» (5).

En efecto, esta señora tan rica murió tan pobre, que hubo que buscar dinero para pagar su entierro, y no dejó á la santa virgen Eustoquia, su amada hija, como tambien hija predilecta de Jesucristo, más riquezas que la fe, la santidad y la gracia (6).

En los cinco años que permaneció en Roma despues de la muerte de su esposo, las obras de caridad formaban sus delicias. Nada igualaba á su cuidado en conocer á todos los pobres de la gran ciu-

(1) «Affigendum corpus quod multis vacabit deliciis. Longus risus perpetuo compensandus est fletu; molia linteamina, et serica pretiosissima asperitate cilicii commutanda. Quæ viro et sæculo placui, nunc Christo placere desidero.»

(2) «Numquam, post viri mortem usque ad diem dormitionis cum ullo comedit viro, quamvis eum sanctum sciret et in pontificali culmine constitutum.»

(3) «Nobilis domus et quidem opulentissime omnes pene divitias in pauperes erogavit.»

(4) «Inter objurgantes propinquos loquebatur: Majorem se filiis hæreditatem, Christi misericordiam, dimittere.»

(5) «Testem invocabat Deum, se pro illius nomine cuncta facere, et hoc habere votum ut mendicans ipsa moriretur.»

(6) «Eustochium virginem devotam Christi filiam, sola fide et gratia divitem reliquit.»

dad, ni á su generosidad en socorrerlos. Ella creia haber sufrido una pérdida cuando sabia que otros se le habian adelantado en las obras de caridad. Ella visitaba á los enfermos, alimentaba á los que se habian imposibilitado para el trabajo, y cuidaba de dar sepultura á los muertos.

Siendo amable y compasiva con todo el mundo, y manifestando siempre la bondad de su alma, áun á aquellas personas que jamas habia visto, trataba con particular afecto y consideracion á las gentes del pueblo (1).

Sábida y mesurada en todo, en materia de caridad no conocia límites. Pero en Oriente fué donde más se hizo admirar y amar Paula por los prodigios de su caridad. Los pobres de toda la Palestina recurrian á ella como á su madre; ella los acogia á todos, los ayudaba á todos y los consolaba á todos; ella jamas despidió á ninguno sin socorrerlo; nunca era ella tan dichosa como cuando tenía mucho que dar; cuando daba sus limosnas, repetia en alta voz estas palabras del Señor: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» Cuando nada tenía que dar, buscaba prestado para dar; y cuando el mismo San Jerónimo le aconsejaba que moderase un poco sus limosnas, ella respondia: «¡Ay! Si cuando no tengo dinero lo busco prestado, encuentro con facilidad personas que me lo facilitan. Pero estos desgraciados mendigos, si yo les niego los socorros que reclaman de mí, y que contrayendo deudas puedo facilitarles, no los encontrarán en ninguna parte; y si ellos mueren de hambre, ¿quién responderá á Dios de su vida?» (2).

Pero nada puede darnos á conocer mejor lo que esta admirable mujer fué en la Iglesia durante su vida, que los honores que le tributaron los eclesiásticos en su muerte. Apénas se extendió por la comarca la noticia de su última enfermedad, acudieron en tur-

(1) «In cunctos clementissimus animus et bonitas etiam in eos quos nunquam viderat evagans. Nihil erga humiles blandius.»

(2) «Nemo ab ea pauperum vacuus reversus est. Illud semper replicans: Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. Liberalitas sola excedebat modum. Versuras sæpius faciebat, ut nullis stipem rogantium denegaret. Ego, ajebat, si petiero, inveniam qui mihi tribuat. Iste mendicans, si à me non acceperit, quæ ei possum etiam de alieno tribuere, et mortuus fuerit, à quo ejus anima requiretur?» (Hier., *ad Princip.*)

bas á su celda todos los habitantes de los alrededores para encomendarse á sus oraciones y recibir sus últimos ejemplos. Los obispos de Jerusalén y de otras ciudades, y una inmensa multitud de sacerdotes, de monjes y de vírgenes llenaron el convento (1). Habiendo llegado su último momento, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, San Jerónimo, que no la abandonaba un instante, le preguntó si sufría mucho, y ella, sonriendo, le respondió en lengua griega: «No, padre; yo no tengo nada que me haga sufrir; yo gozo de la más perfecta tranquilidad» (2). Despues cantó en hebreo estos versículos de los salmos: «¡Señor, yo no deseo más que la belleza de vuestra casa y el lugar de vuestra morada! ¡Oh Señor de las virtudes, cuán deliciosos son para mí vuestros tabernáculos! ¡Oh, cuánto desea mi alma esos lugares divinos! Yo muero de deseo de entrar en ellos.» Y repitiendo estos mismos versículos hasta el último momento, y haciendo la señal de la cruz sobre su boca, espiró (3).

Los funerales fueron más bien las ceremonias de gozo que acompañan la canonización de los santos, que los tristes honores que se tributan á una difunta. No se lloraba, no se gemía como se hace á la muerte de los hombres del mundo. Se cantaban salmos, y se hacían resonar los aires con himnos de alegría (4).

Solas las viudas y los pobres estaban inconsolables; ellos mostraban á todo el mundo los vestidos que debían á su caridad; y una multitud inmensa de indigentes recorría las calles, llorando y gritando: «Hemos perdido á nuestra madre, que nos alimentaba» (5).

Los obispos más ancianos (cosa bien extraordinaria) quisieron tener el honor de llevar el cuerpo de esta humilde sierva de Jesucristo, á quien veinticinco años de la vida más pura y de la peni-

(1) «Aderant Hierosolymæ et aliarum urbium episcopi, et sacerdotum inferioris gradus innumerabilis multitudo; omne monasterium, virginum et monachorum chori repleverant.»

(2) «Cum à me interrogaretur: an dolore aliquid, respondit, græco sermone: Nihil se habere molestie; sed omnia quieta et tranquilla perspicere.»

(3) «Illos versiculos ad expirationem animi repetebat. Digitum ad os tenens, crucis signum pingebat in labis.» (Hier., *ad Princip.*)

(4) «Non ululatus, non planctus, ut inter sæculi homines fieri solet; sed psalmis, hymnis diversis, ex animo concrepabant.»

(5) «Viduae et pauperes vestes ab ea præstitas ostendebant. Omnis inopum multitudo matrem et nutriciam se perdidisse clamabat.»

tencia más austera habían santificado. Otros eclesiásticos procuraron tener el honor de doblar su cuello bajo el piadoso féretro (1). Los otros obispos la seguían con una lámpara ó un cirio en la mano, ó guiaban los diferentes coros de los cantores. Y de este modo fué trasladada á la iglesia de la santa gruta de Belén, donde ella quiso ser enterrada, y se le colocó en medio del templo (2).

Este fué el verdadero triunfo de la santidad. Los habitantes de todas las ciudades de Palestina acudieron en masa á sus exequias. Ningun religioso quedó en su desierto, ninguna vírgen en su celda. Se hubiera creído cometer un sacrilegio en no ir á tributar los últimos honores á una mujer semejante (3).

En los tres días que precedieron á su sepultura en la gruta del Señor, y una semana despues se oyó en la iglesia una salmodia no interrumpida, que los eclesiásticos de los diversos ritos cantaban, por orden, en griego, en latín y en hebreo (4).

¡Cuál debió ser, pues, la vida y la virtud de esta mujer, que tan honrada fué en su muerte! Ella había servido á la Iglesia tanto con su ciencia y con su celo, cuanto con los ejemplos de todas las virtudes y con las obras de una caridad inagotable.

Segun M. Capefigo, esta mujer eminente, además de las grandes cualidades de su corazón, era la más erudita de su época. Para conocer mejor los libros santos, no se contentó con estudiar el griego, que poseía como su lengua nativa, sino que quiso también aprender el hebreo; y San Jerónimo nos asegura que ella llegó á hablar esta difícil lengua mejor que él, y que se complacía en cantar los salmos en hebreo (5). Ella sabía de memoria toda la *Biblia* (6); y

(1) «Translata episcoporum manibus, et aliis servicem feretro subjicientium.»

(2) «Alii pontifices lampades et cereos præferabant, alii choros psalantium ducebant. In media ecclesia speluncae Salvatoris est posita.»

(3) «Tota ad funus ejus palestinarum urbium turba convenit. Quem monachum latentem in eremo cela sua tenuit? Quam virginem cubiculi secreta texerunt? Sacrilegium putabat qui non tali feminae ultimum reddidisse officium.»

(4) «Græco, latino, syroque sermone psalmi in ordine personabant: non solum triduo, donec juxta specum Domini conderetur, sed per omnem hebdomadam, cunctis qui venerant suum funus propriis prosequentibus lacrymis.»

(5) «Hebraicam linguam, quam ego ab adolescentia multo labore et sudore *ex parte* didici, discere voluit et consecuta est.»

(6) «Scripturas sanctas tenebat memoria.»

siendo discípula de San Jerónimo en la ciencia de los diversos sentidos de este libro divino, muchas veces sorprendía á su maestro con sus preguntas y le admiraba con sus interpretaciones. Ella era en cierto modo, como Santa Marcela en Roma, un verdadero doctor en la ciencia de la *Biblia* y de la religión. También fué ella el verdadero martillo de los origenistas en Palestina, como Santa Marcela lo fué en Roma.

En vano el famoso Paladio, jefe de los origenistas en Oriente, verdadero lobo, quiso cubrirse con la piel de cordero para engañarla y convertirla al origenismo, lo mismo que á las vírgenes de su convento, para propagar la herejía por este medio entre los hombres. Santa Paula lo reconoció á la primera palabra, y lo denunció á San Jerónimo, quien lo refutó y lo confundió, atribuyendo esta victoria más bien al mérito y á las oraciones de Santa Paula que á su propia elocuencia é instruccion.

También fué Santa Paula quien salvó la vida preciosa del santo doctor de las asechanzas de Juan, obispo jeromolitano, y de sus satélites origenistas, como Melania habia salvado la vida de San Atanasio. Ella era quien desenmascaraba por todas partes á aquellos herejes; se burlaba de sus intrigas, y los presentaba á todo el mundo como los verdaderos enemigos de Dios (1); y es indudable que, con su vigilancia, con su celo y con su valor, contribuyó tanto como San Jerónimo con su ciencia, á la represion de esta herejía en Oriente.

§ XXVI, 1.º.—La familia de Santa Paula edificando á Jerusalem y á Roma con sus virtudes.—Otras admirables mujeres católicas de la misma época, en Roma.—La escuela de San Jerónimo.—Santa Fabiola, modelo de penitencia.—Una mujer funda los primeros hospitales.—Las santas mujeres más celosas que los eclesiásticos para defender la pureza de la fe.—San Jerónimo defendiendo la perpétua virginidad de María, á instancia de las mujeres.

No fueron éstas las únicas mujeres cristianas que ilustraron el Cristianismo en la Iglesia al fin del cuarto siglo y al principio del

(1) «Eos qui ejusdem dogmatis erant, voce publica hostes Domini proclamabat.»

quinto; pero los límites de esta obra apenas nos permiten indicar algunas de ellas.

Todas las hijas de Santa Paula fueron de este número, porque esta santa viuda tuvo la dicha de santificar á toda su familia, santificándose ella misma, y de hacer hereditaria la santidad en ella; de modo que no sólo sus hijos, sino también su yerno, su nuera y su nieta, fueron cuasi todos contados por la Iglesia en el número de los santos.

Santa Blesila, la hija mayor de Santa Paula, habiendo quedado viuda á los siete meses de casada, se dedicó con tanto ardor al estudio de la perfeccion y de la santidad, que habiendo sido consumada en poco tiempo, la ejerció por largo tiempo, porque ella murió en Roma á la edad de veinte años, despues de haber admirado la ciudad, tanto como su madre, por el prodigio de su humildad y de su penitencia. Habiendo afligido profundamente á su santa madre esta muerte, San Jerónimo le dirigió una elocuente carta, en la que, tratando de consolar á la madre en su dolor, nos ha dejado un magnífico elogio de las virtudes de la hija. Él hace notar, entre otras cosas, que Blesila hablaba el griego como el latín, que habia aprendido el hebreo en pocos días, y que la Escritura Santa estaba siempre en sus manos. (*In obitu Blesilæ, ad Paulam matrem.*) Debemos á Santa Blesila la explicacion del libro sagrado titulado *El Eclesiástico*, hecha por San Jerónimo, por haberle suplicado la santa viuda que le dejase un pequeño comentario de este libro, aun antes de ausentarse de Roma.

Santa Eustoquia, la más jóven y la más querida hija de Santa Paula, la compañera de sus peregrinaciones y la más perfecta imitadora de sus virtudes, fué otra lumbrera de la virginidad cristiana en Roma y en Oriente, donde murió, llena de méritos, superiora de un monasterio de cincuenta vírgenes escogidas, fundado por ella en Belen. San Jerónimo canonizó en cierto modo á esta virgen, todavía viva, en sus comentarios de Isaías, de Jeremías y de Ezequiel, que él hizo á instancia suya, y que le dirigió, y en su famosa carta, ó más bien tratado, *Del modo de conservar la virginidad*, que le dirigió también. (*Ad Eustochium, De virginitate servanda.*) Habiendo sido leida esta carta en un Concilio de Roma, fué unánimemente aprobada por los Padres y por la Iglesia.

Santa Paulina, otra hija de Santa Paula, casada con el senador